

OBSERVACIONES
SOBRE
LA CUESTIÓN SOCIAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO



CUANDO por segunda vez me hicisteis la señalada honra de invitarme á hablar sobre el asunto que yo eligiese libremente, vino me el deseo de ocuparme de *la cuestión social*.

Pero al punto recapacité que no era honrado el venir aquí á discurrir acerca de un tan árduo problema, exponiendo juicios y opiniones que acaso no todos admitirán como buenos, sin hallarme convenientemente preparado para discutirlo. Y dije para mí: no entraré esta vez en el fondo de la cuestión; no enunciaré ni uno solo de los principios del socialismo, los cuales por otra parte son suficientemente conocidos. Me limitaré á hablar á mis jóvenes amigos del deber que

NOTA Conferencia pronunciada por el autor en la noche del 11 de Febrero de 1892, en la Asociación Universitaria de Turin.

en mi sentir corresponde á ellos mejor que á nadie, de ocuparse en el asunto, y hasta yo mismo cumpliré mi parte de deber dando el ejemplo.

Debo anticipar que no tengo la osadía de dirigir mis palabras á aquellos de entre vosotros que siguen los estudios sociales y económicos en el curso universitario, porque ellos podrian muy bien venir á ocupar mi puesto y hablar en mi lugar. No me dirijo sino á aquellos de vosotros que no cultivan esas enseñanzas, y que supongo constituyen la mayoría. Y el hecho de que yo presumo que son la mayoría no es extraño: porque es racional, natural y común, que en la vida agitada de pasiones y de pensamientos que á todos alcanza, cualquiera que sea la edad, nos vemos obligados, la mayor parte hoy en día, á dejar que se nos escapen por espacio de mucho tiempo fases, aspectos completos de la sociedad, órdenes enteros de ideas, y hasta sucesos clarísimos, periódicos, que para el observador atento equivalen á signos indudables de una gran transformación social.

Me preguntareis ante todo: ¿Pero qué entiendes tú por cuestión social?

Hé ahí una pregunta cuya mejor manera de ser contestada es hacer otra.

Y hé aquí ahora mi respuesta interrogativa:

Este hecho de la vida miserable y del descontento justificado de los más, hecho común á pueblos ricos y pobres, cualquiera que sea su grado de civilización, ¿es efecto de una ley natural ó de las leyes humanas?

Esta fuerza que acumula en un polo de la sociedad la riqueza y la cultura, y en el otro el pauperismo y la ignorancia, que restituye casi para una sola clase los beneficios de la civilización y de la ciencia, que cierra casi por completo á las muchedumbres la educación y la vida del espíritu; que mantiene frente á frente tantos tesoros superfluos y tantas necesidades sin satisfacción, tantos ocios felices y tantos trabajos desesperados, ¿es el destino de la humanidad ó se deriva de viciosas instituciones sociales? Que la civilización que avanza aplaste bajo sus plantas á millares de criaturas humanas; que bajo los pies de esta sociedad incivil esté abierta como una amenaza para todos la espantosa voracidad de la miseria; que cada día tome formas más salvajes esta lucha por la existencia, que absorbe lo mejor de las fuerzas de todos, pervierte la conciencia y hace fieros los corazones, enterrando alrede-

dor de cada vencedor á cien vencidos; que millones de hombres que trabajan se encuentren reducidos á temer y maldecir todo nuevo invento del ingenio humano, como castigo tremendo, cuyo objeto es disminuir la necesidad de sus sudores; que el pan, que la subsistencia de innumerables familias, dependan, aún en circunstancias normales y ordinarias de las múltiples vicisitudes de una desordenada y furiosa guerra mercantil, de la cual no tienen ni culpa ni conciencia, ¿es todo eso una necesidad ineluctable ó una consecuencia de larga serie de errores? Que, por último, cada nación abrigue en su seno dos pueblos, de los cuales uno desconfía y teme y otro se estremece ó amenaza; que para contener, no unos pocos rebeldes, sino muchedumbres enteras, sean necesarios el terror de las leyes y la fuerza de las armas; que los clamores alegres de unos cuantos que, entonan himnos al progreso, se hallen constantemente cubiertos por el lamento inmenso, creciente, implacable, de una multitud infinita, ¿es eso producto de misteriosa ley social contra la que nada puede el hombre, ó efecto del egoísmo humano compenetrado con las instituciones y con los usos, ó producto de algún impedimento enorme que

reside en el organismo de la sociedad, removido el cual, circularía normalmente la sangre por todos sus miembros, devolviendo la salud y la paz? En una palabra: ¿hay ó no hay remedio alguno supremo, ó conjunto de remedios para tamaño acumulo de males?

A esta pregunta contesta el socialismo:—Si. Y millones de voces responden:—No.

Y bien; yo no he venido aquí á sostener la afirmación. He venido (porque supongo que en la clase en que vivís, os ocurre con más frecuencia oír la segunda contestación) á deciros: No acepteis como buena la respuesta que os sugieran; buscad vosotros mismos la contestación; he venido á combatir las razones de aquellos que quieren quitáros de la cabeza el buscar cuál de aquellas respuestas es más justa y razonable, fundándose su pretensión en que acepteis á pies juntillas la que ellos prefieren y que es la que esperan infundiros.

Estas razones son varias y de muy diversa índole, y creó que á casi todos os habrá ocurrido oírlas todas.

La más obvia es ésta. Os dicen:

Recogeos en vuestros propios estudios, pensad en terminar vuestra carrera para ser útiles á la sociedad, y habreis cumplido

vuestro deber; que otros se dediquen á pensar en enderezar el mundo. No hagais caso á éstos. No es honrado creer que se sirve á la sociedad limitándose á seguir los estudios, sirviendo á los intereses propios y egoistas. Las condiciones del tiempo en que vivimos son tales, que conviene corregir la definición antigua del hombre honrado diciendo que para serlo no basta á nadie ni siquiera el ejercicio de las más preeminentes virtudes privadas, si cierra los oídos y el corazón al grito de los dolores humanos, si no se dedica directamente á la regeneración de sus semejantes y al triunfo de la justicia; si no dedica al menos una parte de su actividad á buscar concienzudamente á qué doctrina social, para el bien de todos, debe dirigir sus fuerzas.

No deis oídos tampoco á los que os aconsejan la abstención, diciéndoos que os ocupareis más tarde de las cuestiones sociales; porque los mismos que ahora os recomiendan que os atengais á vuestros estudios, serán los que mañana os recomendarán que os atengais á vuestros propios asuntos, ó negocios ó profesiones respectivas, y os que-rrán relegar á la fortaleza de la casa ó de la oficina ó del despacho ó del taller, como

ahora os quieren encerrar en el santuario de la literatura ó de la ciencia.

Ocupaos ahora de la cuestión social, ahora que teneis la inteligencia y el ánimo abiertos á todas las grandes ideas; ahora que podeis experimentar en vosotros la verdad de lo que dijo un doctísimo economista, que para entender la ciencia social es preciso que el corazón intervenga más bien que el pensamiento; ahora que la dureza de la lucha por la existencia y la experiencia de las miserias humanas, no os han endurecido todavía el sentido de la generosidad y de la compasión. Millares de hermanos vuestros, á los cuales la fortuna ha negado las confortaciones y los honores del estudio y cerrado la vía de toda comodidad y bienestar, confían en la obra de la juventud estudiosa, esperando que, al menos vosotros, os ocupareis desapasionadamente de la causa de ellos; y á ello mismo, nosotros os exhortaremos á la vez, aun cuando de vuestras meditaciones hayais de ser llevados á la fe opuesta á nuestra fe; puesto que nosotros también, á semejanza de aquel fogoso flagelador de la *Indiferencia religiosa*, preferimos los adversarios declarados que combatiéndonos soplan en la hoguera de nuestros entu-

siasmos, á los indiferentes que rehusan pelear: ante los cuales se nos caen las armas de las manos, y se apaga el fuego sagrado en nuestros corazones.

Ocupáos de la cuestión social desde ahora, porque de ningún modo conseguireis evitarla en el porvenir, cualquiera que sea vuestro campamento, á la derecha ó á la izquierda; porque ella se os levantará por doquiera en medio de vuestros estudios solitarios, en el ejercicio de vuestras profesiones, en la educación de vuestros hijos, en el cumplimiento de vuestros deberes de ciudadanos; porque ella penetra desde ahora por entre todos los pasos que se dan en la intrincada trama de la vida, y se asoma á todos los resquicios de la inteligencia; porque todas las cuestiones de política europea y las luchas de los partidos parlamentarios, las espléndidas fiestas de las artes y las industrias, y las grandes solemnidades patrióticas, hasta las formas internacionales, no son sino episodios de la Historia que la ocultan por breves lapsos de tiempo, pasados los cuales, ella aparece en el horizonte altísima, inmóvil, eterna, como la pirámide de Chèops, cuando se sosiega el viento del Sahara y se aquietan los inmensos remolinos de la arena.

Ni aun debería rebatir á los que os aconsejen que echeis á un lado la cuestión social, porque no se refiere sino á una clase sola ó ciertas clases, pero no á la vuestra; y no debería rebatirlos, porque estoy convencido de que en vosotros el egoismo no ha abierto brecha para que consideréis con menosprecio á una clase social tan importante por su número, tan necesaria por las funciones que desempeña, tan benemérita por sus fatigas; clase sin la cual la nación no tiene fundamento, la patria no tiene defensa, el mundo no tiene ni vivienda, ni vestidos, ni utensilios, ni pan.

El argumento además considerado intrínsecamente carece de valor, es absolutamente falso. La cuestión social hoy en el día alcanza á todas las clases, porque hasta las clases medias, si bien con menor intensidad por el momento y con efectos menos dolorosos á la simple vista, todas, más ó menos se resienten de los daños de que se quejan las clases inferiores. Ya hay una gran parte de la burguesía, para quien la existencia va siendo tan precaria como para las clases llamadas con gran propiedad trabajadoras; en todas las esferas del comercio y de la industria, las pequeñas fortunas ó las medianas, se encuen-

tran oprimidas en la lucha desesperada con los grandes capitales; hay un pueblo de propietarios que mendiga; una concurrencia de cien párias para cada jornal que apenas basta á cubrir las primeras necesidades de la vida; miles de jóvenes de ingenio y de cultura á quienes no es posible ganar lo que un bracero, antes de tener treinta años; hay la vejez pensionada que disputa el puesto á la juventud que se estrena, la mujer que se lo disputa al hombre que recela del muchacho que comienza á trabajar: una tal lucha de naufragos alrededor de cada tabla que sobrenada, que cuando uno por negligencia ó por fuerza deja de aferrar la suya, no le queda ya casi esperanza de agarrarse á otra, anegándose las más de las veces en las profundidades de la miseria.

El puesto humildísimo que por la inferioridad forzada de su educación y por la falsedad vanidosa de la nuestra se asigna en la sociedad al trabajador que vive de la manos, cuya obra se honra en abstracto, y se desprecia personificada; y la escasa y mudable, y amenudo humillante merced con que aquella obra es retribuida, produce el efecto de que todos huyan ó busquen la manera de huir de cualquier manera del foso de las clases infe-

riores. De aquí se sigue, que haya un exceso de producción hasta en el campo de la inteligencia; que exista una superabundancia enorme de juventud culta, á la cual la ilustración no sirve para nada, como el oro sería inútil al hambriento en medio del desierto: un ejército de reserva intelectual, que, como el de la clase obrera, ofrece su trabajo con rebaja y acepta toda condición con tal de vivir, y ni aun á este precio encuentra medios de subsistencia. Y el torrente crece cada día, y el desbordamiento ya se percibe por todas señales y en todos lados, hasta el punto que, aún en el país que debe á su grande instrucción llevar la supremacía política y militar en Europa, se ve el Gobierno obligado á negar su asentimiento á la creación de nuevos institutos de enseñanza porque los que existen se consideran ya no solo suficientes sino sobrados para la necesidad de candidatos que la sociedad reclama.

Dejad ahora que á la mujer (puesto que también para ella existe la cuestión social), se le ofrezcan francos todos los caminos, como sucederá por fuerza invencible de las cosas; suponed que se cumpla la aspiración soñada por todos, de un licenciamiento general de los ejércitos que arrojaría en la con-

currencia del mercado millares de jóvenes, los que, por la indole de su educación peculiar y por las preocupaciones naturales de la sociedad actual, rehusarían dedicarse á los trabajos mecánicos, y entonces, veremos un proletariado de clase media no menos temible (aunque menos numeroso más poderoso y más activo) que el de la plebe, por lo mismo que es más culto. Y en realidad, ese proletariado ya puede decirse que existe y que solo está contenido por un ténue vínculo de tradición y de intereses con la clase superior; y en algún país se ha convertido en una de las fuerzas más vivas del socialismo, como un foco peligroso de descontento y de rebelión, encendido en el seno mismo de la burguesía. Que si por el momento y entre nosotros especialmente se deja percibir menos, porque se halla esparcido y vacilante, y porque encontrándose sus elementos en más directa dependencia de los privilegiados de la fortuna corren mayor peligro de ser señalados con el dedo y arrojados á la calle, dejad que cesen sus temores, que se agranden sus esperanzas con el ensanche del socialismo en la muchedumbre, en el parlamento, en la prensa, y lo vereis entonces levantar el grito de la reivindicación sin que se le

pueda negar el derecho á levantarle. No deis, pues, oído á quien os cuente que la cuestión social no es más que una cuestión agrícola y obrera (lo cual me parece que ya con esto sólo bastaba para ser algo), no, la cuestión social es la cuestión de todos, excepto de un puñado de sordos y de ciegos.

Otros os dirán: —¿Á qué ocuparos de la cuestión social?

Ella existe desde que el mundo es mundo. No han cambiado si no los nombres: en lugar de esclavos, siervos; en lugar de siervos, asalariados: los vencidos de la lucha darwiniana han llenado siempre los ámbitos del mundo con sus querellas. El socialismo permanecerá en el estado permanente de espantajo y de freno al individualismo prevaricador, y el efecto será bueno, pero nada más. La miseria de la mayoría está — como dijo Thiers — en los *planes* de la Providencia.

Preguntad antes de todo á los que tal afirman, si la Providencia enseñó á Thiers ó á algún otro que se sepa, su *plan*. En cuanto á la teoría de Darwin, contentémonos con preguntar si las leyes de la lucha entre las razas inferiores se han de referir á la humanidad, donde los vencidos que, en vez de desaparecer se multiplican, no tendrían

más que unirse, y pueden hacerlo, para que los vencedores se desvanecieran como nube de polvo al ímpetu del huracán.

¡Que la cuestión es tan antigua como el mundo! Concedámoslo. Pero lo que no es tan antiguo como el mundo es el grado á que ha llegado el desarrollo del principio de la igualdad, que es el hecho más general, más constante, más rebelde á toda oposición humana que se conoce en la historia. Lo que no es tan antiguo como el mundo es la conciencia adquirida de esa misma igualdad de naturaleza y la conquista consolidada de la igualdad civil y política que hace sentir más que nunca las desigualdades económicas; es la cultura mayor que hace precisamente más agudos en el ánimo de las muchedumbres los sufrimientos que causa el espectáculo de la inmensa disparidad de vida en las clases sociales; es la *miseria relativa* acrecentada desmesuradamente con la multiplicación de las riquezas y los refinamientos sensuales de la existencia, en un pequeño número; es el decaimiento progresivo de aquel espíritu religioso de resignación que hacía soportar los males presentes con la esperanza de una recompensa futura; es, en fin, un clero de todas las iglesias, que,

solicitando reformas sociales, ó sea, reconociendo que hay remedio posible á los males de la tierra, hace comprender á los desgraciados, si no con las palabras con los hechos, que no se puede pretender de los infelices la antigua resignación.

Sí, la cuestión social será tan antigua como el mundo; pero lo que es nuevo es el gigantesco poderío que ha acumulado el oro en manos de dichos particulares, que se levantan como soberanos en medio de pueblos libres, que poseen vastísimas propiedades, grandes porciones de la patria como Estados propios, que tienen en su bolsa la suerte de cientos de miles de hombres y que pueden turbar en provecho privado los intereses de una nación entera y corromper cínicamente muchedumbres ó poderes públicos. Lo que es nuevo es que enfrente á estos monarcas de la riqueza y á sus omnipotentes federaciones que ensanchan á su alrededor como siniestra banda la servidumbre moral y el mercenarismo, hayan salido sociedades de setecientos mil trabajadores, *Uniones de oficios*, numerosas como pueblos, organizadas como ejércitos; y que en todas las ciudades de los países civilizados, llamados á reunirse por la grande industria, se

vayan aglomerando los proletarios en batallones y regimientos que se entienden, se disciplinan y fraternizan. Lo que es nuevo también es que se reúnan Congresos de obreros, en los cuales intervienen delegados de diecinueve naciones que representan cinco millones de trabajadores; que haya países donde veinte ciudades se declaren en favor de la *socialización* de la tierra; que en el país más culto y más poderoso de Europa se manden al Parlamento treinta y cinco campeonos de la nueva idea con mayor número de votos que los obtenidos por cualquiera de los otros partidos militantes de la nación; lo que es nuevo es un acuerdo internacional de agitadores que con una palabra de consignación lanzada desde París á Sidney y desde Berlín á Nueva York, hace desertar en el mismo día del año, de los talleres, á nueve millones de operarios y dormir sobre las armas á diez ejércitos, como bajo la inminencia de una colisión de Estados. Lo que es enteramente nuevo, es, que esparcen cada día, por todas partes, hacia todos los sitios, por toda la haz de la tierra, millares de hojas que predicán una esperanza común y animan una sola pasión, acumulándose en las bohardillas y en los tugurios

como provisiones de pólvora y de guerra.

Y hay otra cosa nueva: que millares de trabajadores pobres de distintos países, acabadas las diez horas de fatiga, estenuados, se someten á una nueva faena, para instruirse en las primeras horas de la noche, acerca de las cuestiones sociales; se quitan el pan de la boca para mantener el periódico que les protege, y consagran los últimos restos de fuerza, de energía y de actividad á la propaganda de sus ideas é intereses, á la organización de su partido, permaneciendo en esta obra con tanto afán y ahinco, que á algunos, consumidos por esta fiebre de entusiasmo sordo, cuesta la vida, su propia causa y la propagación de sus principios.

Y no es ni menos nuevo ni menos grave que esta gran muchedumbre inculta é hirviente, tenga y sepa mantener á su cabeza, á un estado mayor intrépido de hombres de estudio y hombres de Estado, porta-estandartes de todo arte y de toda ciencia, que defienden la causa de ellos en todas las regiones del pensamiento y en todas las pruebas de la vida.

Por fin, la cuestión social será antigua, cuanto antiguo es el mundo; pero aquello que pertenece enteramente á nuestro tiempo, creo yo, que ni siquiera existió en los